

ro de monumentos y de objetos; numerarlos, pintarlos de colores, amarillo y negro, que distingue en la metrópoli los edificios de la corona, y escribir sobre ellos lo que son, áun cuando se adivina desde luego, porque hacen preceder de dos KK el nombre de la cosa.

Abreviación de *Kaiserlichen* y *Koeniglichen*: Cosa Imperial y Real.

KK, puerta; KK, banco; KK, puente; KK, cuartel. Y así está todo en Trebigne, absolutamente, como en Austria; esta marca fué la única nota alegre que yo encontré allí.

En el centro de la ciudad, cerca de una plaza, hay un gran cuadrado misterioso, encerrado en unos muros de veinte piés de altura. Los muros sin ventanas, completamente nuevos, blancos, alegres, como por ironía; de una frescura oriental, amarillos y verdes. No hay más que una puertecita baja para entrar, y aun es necesario entrar de lado, como si se quisiera volver la espalda al público. Esto lo dispuso el último mahometano que quedó allí (uno de los antiguos ricos del país). Para no ver más lo que pasara en Trebigne, amuralló su mansión, su harém y sus riquezas.

Aquel turco y yo habíamos nacido para entendernos.

Desde lo alto del minarete, donde el *muezzin* no canta ya, se domina un conjunto de casas destruídas, de tejados rotos y ruinosos. Algunos paseantes, todavía con traje oriental, circulan por las calles con la cabeza baja.

Por encima de las viejas murallas, violadas por las campanillas, el campo se extiende melancólico, con sus cortinas de frágiles alamas; sus campos, necesitados de labor; sus lugarillos, destruidos. A lo lejos, el bosque. Y después, la región de piedras que comienza: vistas á lo lejos, parecen olas enormes de un Océano gris, levantadas hasta el cielo por el viento de los cataclismos primitivos.

Se piensa en el destino de este pueblo pequeño, que daba en 1875, la señal de la gran cruzada de los slavs contra el Islám. En esta época, estaban llenos los periódicos del nombre de la Herzegovina, donde la revolución había comenzado en la montaña. Los únicos de todos los slavs que se han conducido lealmente, frente á frente del enemigo hereditario, mostrando todo el tiempo su odio franco y feroz. Ellos han perdido sus hombres jóvenes, sus cosechas, sus pueblos, y ahora han caído, agotados, bajo el yugo de otro dueño, que los ha marcado y reglamentado al uso germánico.

Ya he acabado mi historieta. Cuénteme usted otra, Plumkett.

Plumkett.—Mi querido Loti, yo temo que la mía sea todavía más fastidiosa que la de usted.

Por otra parte, mi camino no ha estado nunca muy florido; es una especie de Herzegovina. En otro tiempo, era una lava ardiente; hoy, es una gran llanura arenosa, sembrada de piedra pómez; en este momento no brota nada en ella, ni siquiera una flor amarilla. Ruego á usted, por lo tanto, que vuelva á tomar la palabra y que procure, una vez siquiera, encontrar héroes que no sean ni turcos, ni slavos, y que tampoco sea usted, porque siempre la misma cosa concluye, al fin y al cabo, por aburrir y atacar á los nervios.

Loti.—Bueno, está bien: continúo.

Pienso en este momento en un encuentro que tuve con unas ballenas, hará pronto diez años, á cien millas Sur-Oeste de las islas Maluinias. Voy á describirle á usted la entrevista. Usted conoce, como yo, aquellos parajes australes, donde se encuentran los grandes cleajes; que haya también ballenas, es muy natural; pero aquella partida de que hablo era tan numerosa, que se hubiera creído una verdadera emigración.

La escena ocurrió hacia los 55° de latitud Sur.

Era una mañana de invierno, poco-después de la salida del sol. En realidad hacía frío, puesto que el termómetro marcaba 0°; pero el tiempo estaba tan tranquilo, que no se sentía ninguna molestia. No hacía viento; las velas endían en mil pliegues, como cortinajes mal estendidos, y aquella gran frescura salada era sana y muy agradable de respirar. El gran oleaje, constante en esas regiones, era blando y se arrastraba con languidez. Formaba altas montañas de agua, de formas suaves y redondeadas, semejantes á pesadas ondulaciones de mercurio ó á corrientes de metal que se enfrían. Nos levantaban lentamente como acariciándonos, y después nos dejaban deslizar para volver á caer de nuevo. Pasaban y volvían continuamente. Bajo el cielo brumoso, aparecían como de un pálido color plateado, con las tintas indecisas de un empañado espejo. Nieblas extensas, vagas, inmóviles y sin contornos, pesaban sobre el oscuro horizonte, y los rayos del sol producían acá y allá bandas brillantes, lucientes, húmedas, como si en algunos sitios aquellas láminas de metal hubieran estado bruñidas. Era uno de esos momentos extraños, en que parece que se tiene la percepción completa, y como la inquietud que produce la inmensidad del mar. Los dos continentes, el antiguo y el nuevo,

se destacaban muy en el fondo hacia el Norte, como dos cabos gigantes que venían á hundirse en medio de las aguas; pero ya los habíamos dejado atrás, y no había ante nosotros más que aquel sombrío desierto, líquido y movable, que se extendía hasta el polo bajo su curvatura sin fin. Tenía una conciencia de estar solo y perdido en medio de poderes terribles, que por casualidad estaban en reposo. Las pléyades de pájaros marinos que pueblan el hemisferio austral, participaban de esta calma. En lugar de revolotear por millares, chirriando como roldanas, estaban todos posados sobre el agua, sin hacer ruido y dejándose balancear. Se veían allí familias de aves marinas, que flotaban inclinadas y dormían. He aquí, mi querido Plumkett, un recuerdo de alta mar: le encontrará usted un olor sano, que acabará de reponerle de nuestro viaje á China. Yo estaba de guardia y no tenía apenas más que hacer que mirar al cielo. A mi lado, un timonel paseaba su antejo penetrante por el horizonte; yo no sé por qué, pues es lo cierto que siempre se encuentra uno solo en aquellas latitudes.— «Hay ballenas por el Oeste,» me dijo.—En efecto, muy lejos, en aquella dirección, se distinguían muchos de los chorros de agua que esos enormes cetáceos producen al respirar, y parecían blancos haces

que brillaban en el fondo obscuro del horizonte.

Las ballenas se nos aproximaban rápidamente; sin duda habían adivinado que íbamos allí para pescarlas, y no teniéndonos miedo, querían vernos. En medio de aquella inmensidad triste, pálida y gris, los enormes animales saltaban locamente. Los había exageradamente grandes, y otros muy jóvenes que daban mil vueltas y se zambullían mil veces cerca de sus madres. Todo aquel ejército saltaba, se perseguía, hacía evoluciones con velocidad prodigiosa, demostrando una alegría en consonancia con su enormidad. Todos aquellos animales lanzaban, con sus resoplidos, el agua á derecha é izquierda, formando grandes cohetes que resplandecían á la luz del sol, y se entrecruzaban como los surtidores de un juego de agua cambiante y complicado. Nos miraban y los mirábamos: todos los marineros estaban en fila, á lo largo de los filaretos, codeándose para verlos mejor. Las ballenas nos contemplaban como á una masa inerte, paralizada por la calma. Incapaces de movernos como ellas, debíamos parecerles muy ridículos.

El jefe de carga, que había asistido en otras ocasiones á grandes pescas con los balleneros americanos apretaba los dientes, al verlas tan confiadas, por no poderlas coger.

Había hecho subir de la cala los grandes arpones de la pesca del tiburón; había contado con una docena de gavieros, de los más fieles, y pedía con las manos juntas que se consintiese echar las chalupas al mar.

Pero las ballenas, pensando que habían estado bastante tiempo olvidadas, habían formado su columna y tomado de nuevo su camino hacia el Sur, lanzándose como flechas por las aguas y dejando luminosas estelas en pos de sí. Sin duda tenían que hacer en las tierras antárticas, y á ellas debieron llegar aquella misma tarde, según la velocidad que tomaron. Se perdieron bien pronto en las infinitas sombras de la niebla y del oleaje en la dirección del polo. Bajo el cielo tenebroso, aquello parecía una escena reconstituida de la paleontología — una de aquellas bandas de bestias rudimentarias y monstruosas, como las que pasaban en otro tiempo, sobre la mar sin límites, del periodo silúreo.

Y bien; imagínese usted aquello, Plumkett. Hablando á usted hace poco de la Herzegowina, he despertado este recuerdo de los mares del Sur.

He pasado de lo pequeño á lo grande; de las olas de piedra grís, que ocupan algunas leguas de ese país, á las verdaderas, á las olas, sin fin, que hacen en redondo su paseo eterno en torno del hemisferio austral.....

En verdad, yo le he pintado muy extraña y muy fantástica á la Herzegowina; y es, sin duda, que yo la había visto así en mis sueños nocturnos.—En suma, esta pequeña provincia está á dos pasos de nosotros, y es muy facil verla. Los beneficios de la civilización, que se le ofrecen en este momento, la harán dentro de poco muy conveniente y tan agradable de habitar, como el distrito de París, donde los burgueses construyen sus casas de campo.

Qué quiere usted; mi imaginación, algunas veces, agranda las cosas y las situaciones ordinarias, mientras que no se asombra sino de aquéllas que son desmesuradas ó terribles.—Yo no tengo la noción exacta de nada, por haber visto demasiado, y en mi cabeza, como en mi corazón, todo gira en torbellino. Si pudiese empezar de nuevo mi vida, trataría de hacerla tan sencilla como ha sido antes complicada.

Veo perfectamente que mis impresiones se van extinguiendo, porque han sido muy numerosas y diversas en un principio. Yo no veo con claridad sino las más distantes.....

Quinto clavel de la India

Plumkett.—Mi querido Loti, la flor amarilla que acabo de recibir significa, entre líneas, que se fastidia usted en este momento, que no es la primera vez que cree usted que no será la última; y, en fin, que considera el fastidio como incorporado á sí mismo.

(Usted da parte de su sentimiento al lector y esto entra perfectamente en nuestro programa.)

Si á veces encuentra usted uno de esos periodos felices en que la vida se despierta en goces dulces, á propósito de lo más insignificante, usted se dice: «Yo sé lo que esto es, no durará largo tiempo; es un pequeño intermedio, después del cual mis pensamientos volverán á caer en ese fondo sombrío que ha venido á ser mi estado dominante y normal.»

Eso prueba que le falta á usted *todo eso que no existe*, y que no encontrando en *lo que existe* el atractivo que hace vivir á las gentes inteligentes y razonables, se encierra usted en su personalidad de alucinado, y vive así á espensas propias—más ó menos bien—entregado á los fenómenos complicados que se elaboran en su individuo.

¿Qué es lo que usted es?—¿Qué es lo que somos todos?—Máquinas.—La máquina humana se compone de un entramado de huesos, recubierto de músculos; en el interior se encuentran diversas vísceras, órganos digestivos y respiratorios—y una bomba impelente, llamada corazón (de que los poetas hablan á menudo), que distribuye en el organismo un líquido rojo. La máquina está movida por un ganglio de sustancia blanca ó gris, muy buena para comerla con vino blanco ó en forma de buñuelo. (Véase la *Maison rustique des dames*), de ese ganglio se destacan como unos fideos delgados, que van á parar á los órganos sensitivos y á los diversos músculos.

Cuando un movimiento venido del mundo externo se comunica á uno de los órganos de la máquina humana, se trasmite por un nervio sensitivo á una célula nerviosa situada en el cerebro. De esta célula parte el nervio motor, que concurre á un músculo.—Cuando el movimiento se ha propagado hasta el músculo, éste se contrae, y al contraerse, obra sobre una palanca, que es un miembro, y le hace realizar un cierto movimiento angular.—Usted oye tocar un wals; el nervio acústico trasmite una sucesión de estremecimientos rítmicos á sus células nerviosas, que entran en danza, produciendo co-

rrientes nerviosas en diversos músculos, de tal suerte, que en seis tiempos ha debido usted dar una vuelta completa sobre sí mismo. En otro caso, tiene usted una mujer hermosa en sus brazos; su contacto, su perfume, su vista y la de todo aquello que le rodea, una cantidad innumerable de acciones externas (llamadas: fenómenos sensoriales é imaginativos), quebrantan todos sus sentidos y dan terribles sacudidas á un gran número de otras células cerebrales—de donde resulta todo lo imprevisto de la situación, todo aquello que usted puede hacer aparte del acto de walsar.....

—Pero la máquina piensa, se conmueve á veces; experimenta los transportes del amor; es Byrón, es Alfredo de Musset, es usted—ha orado, amado, llorado—conoce y busca alguna cosa que se llama dicha—conoce también el enojo y el dolor (¡muy á menudo, desgraciadamente!) ¡la máquina es usted, soy yo!..... ¡Mas qué importa, máquina siempre!—Desuéllela usted, y encontrará el interior siempre parecido; siempre un esqueleto sonriente, dotado de movimientos angulosos y destartalados—con las pequeñas redcillas de fideos blancos, que corren por encima de los músculos, bañados en la materia roja.

Según las aptitudes fisiológicas del sujeto, ó los

hábitos que haya contraído, ó las conexiones particulares que existan entre sus diferentes células nerviosas, los movimientos de la máquina serán *tales ó tales otros*. Allí está todo el secreto de las diferencias de los individuos. Su hastío de usted persistente y su inferioridad intelectual respecto de la mayor parte de las gentes no provienen, sin duda, amigo Loti, sino de la excentricidad de sus hábitos, que son siempre contrarios al sentido común.

Sexto diente de león

Loti.—Mi querido Plumkett, esto no es una flor; es un hueso de muerto lo que me acaba usted de enviar; es alguna vieja tibia que habrá robado en un museo.—Y no vale poner estas cosas en los ramos sin avisar, Plumkett; porque es innoble y puede producir miedo. Yo voy á contar á usted una historia, en la que habrá huesos también—pues que los huesos horrorosos están, en efecto, en el fondo de todas las criaturas, y es notorio que las personas deshuesadas no se tendrían de pié.—Pero en derredor de estos huesos habrá mucha carne vigorosa y joven, á través de la cual no se los verá.

Será una historia árabe, para continuar aquella de *Las mil y una noches*; y tendrá una moraleja, que yo me cuidaré de deducir y de presentar á los ojos de usted, porque usted no es sagaz—y verá por ella que soy capaz de componer con orden relaciones sensatas, y de hacerlas instructivas.

LAS TRES SEÑORAS DE LA KASBAH

(CUENTO ORIENTAL)

I

¡En el nombre de Alá, muy clemente y muy misericordioso!

Había en una ocasión tres señoras que vivían en Argel, en la Kasbah.

Y estas tres señoras se llamaban *Kadidja*, *Fatmah* y *Fizah*.—*Kadidja*, era la madre; *Fatmah* y *Fizah* las dos hijas.

II

Estas tres señoras se aburrían mucho porque no tenían nada que hacer en todo el día.—Cuando habían acabado de pintar su rostro de blanco y rosa, y sus ojos grandes de negro y de beleño, para hacer-